

¿LOS ORÍGENES POPULARES DE LA REVOLUCIÓN DE 1910?

EL CASO DE SAN LUIS POTOSÍ

Romana FALCÓN

El Colegio de México

“Viva el gran poder de Dios y del Pueblo mexicano, que se sabe defender y en la frontera del Norte todas las fuerzas federales sean Boltiado afabor de don Francisco y Madero y este es el único remedio. De economizar la sangre a bajo El Mal Gobierno y Viva México”.

(Proclama manuscrita aparecida en el barrio ferrocarrilero de la ciudad de San Luis Potosí, 20 de noviembre de 1910.)

ALGUNOS ESTUDIOSOS de la revolución mexicana y muchos políticos han insistido en los orígenes eminentemente agrarios y populares de este movimiento. Tal concepción, que aún tiene defensores, ha sido avalada por prominentes historiadores. En los ya clásicos análisis de Frank Tannenbaum, por ejemplo, se afirma que el alzamiento que logró derrocar a la dictadura porfirista fue una respuesta, que dieron los peones de la mayor parte de México, a la promesa contenida en el Plan de San Luis de devolver la tierra a los pueblos. Así vista, la revolución tendría sus raíces más fuertes en el repudio al régimen de Díaz por parte de la gente del pueblo: campesinos, indios y obreros. La misma idea ha sido sostenida por buen número de analistas, funcionarios y políticos mexicanos. Jesús Silva Herzog, entre otros, señala que, al igual que Zapata, fueron básicamente los campesinos desesperados ante el robo de sus tierras quienes empuñaron las armas en

favor de Madero. En última instancia, y bajo esta perspectiva, la revolución fue “una lucha de clases, lucha del proletariado de las ciudades y de los campos contra la burguesía y contra el clero”. Algunos estudiosos marxistas llevaron tal idea a sus últimas consecuencias, al señalar que la revolución se gestó mediante la irrupción violenta de las masas campesinas y de la pequeña burguesía pobre en contra del gobierno de Díaz, y que fue precisamente este origen el que le confirió —por lo menos inicialmente— un tono notablemente agrario y antiimperialista. Adolfo Gilly, por caso, asegura que la nota dominante en los inicios de este levantamiento fue el incontenible movimiento armado campesino en busca de la conquista de la tierra.¹

El objetivo de estas páginas es poner en entredicho, mediante el estudio de lo ocurrido en San Luis Potosí, la simple idea del carácter popular y agrario de la génesis de la revolución. Es necesario introducir en ella matices importantes, pues de otra manera se perderían de vista algunas peculiaridades de la participación de los sectores populares y, lo que es más decisivo, se obscurecería por completo la acción de otras fuerzas que, en ciertos casos, fueron tanto o más cruciales que la de los trabajadores en la determinación del carácter inicial de la revolución. Me refiero a la decisiva participación de las clases medias y sectores acomodados en la conducción de la revuelta. Jean Meyer ha señalado que, después de la sorpresiva caída de Díaz, “se vio por primera vez un espectáculo grotesco que iba a repetirse durante toda la revolución: los enemigos más encarnizados de Madero enarbolaron [su] estandarte. . . En esta carrera a la victoria se podía ver a los hacendados enrolar a sus peones para apoderarse del poder local.” En San Luis Potosí tal fenómeno se dio aun antes de la victoria maderista. Desde los inicios

¹ TANNENBAUM, 1968, p. 158; 1966, p. 115; SILVA HERZOG, 1959, p. 160; 1964, pp. 10-14; GILLY, 1972, pp. 46, 395ss.; ALPEROVICH, 1960, pp. 11ss; LAVROW, 1977, p. 104; MEYER, 1973, p. 36. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

del movimiento armado algunos de los pudientes actuaron de tal manera que lograron confinar las acciones populares al punto de imponer sus intereses y su visión del mundo a lo que, se suponía, eran demandas de las clases bajas. Para ello, ciertos elementos de los grupos medios y acaudalados encabezaron la rebelión, que encontró eco popular, e impidieron —llegando inclusive hasta al asesinato— que el movimiento quedara en manos de sus enemigos de clase. Inmediatamente después de caer el dictador vetaron la representación política de obreros y campesinos y ayudaron a sofocar sus alzamientos y demandas.

I. EL PANORAMA PRERREVOLUCIONARIO

Los poderosos

A fines de julio de 1910 Francisco I. Madero pudo abandonar la prisión de San Luis Potosí gracias a la influencia que su padre ejerció sobre Limantour, el poderoso ministro de Hacienda, y sobre el gobernador Espinosa y Cuevas, un hacendado muy empresarial y poseedor del mayor latifundio de la entidad. En su liberación también resultó decisivo el apoyo que le brindaron algunos de los más ricos y pudientes personajes de la escena potosina, como el obispo Montes de Oca, humanista erudito, importante apologista del régimen de Díaz y famoso antagonista del Partido Liberal; también habló en favor de Madero Pedro Barrenechea, acaudalado minero, industrial, terrateniente y socio de los hermanos Diez Gutiérrez, quienes habían conducido férreamente al estado entre 1879 y 1898. Al famoso candidato antirreeleccionista se le dio la ciudad de San Luis por cárcel y, antes de fugarse de la ciudad, se alojó en el “palacio monumental” de un importante banquero y terrateniente: Francisco Meade.²

² *El Estandarte* (13, 20, 23 jul. 1910); VELÁZQUEZ, 1946, iv, pp. 213 a 220; COCKCROFT, 1971, pp. 39-41; MENÉNDEZ, 1955, p. 24; MEADE, 1970, p. 174.

Esta actitud protectora por parte de algunos de los más acaudalados potosinos hacia Madero —el enemigo político más importante de Díaz en ese momento— era una muestra de la ambivalencia que había en algunos sectores de la élite hacia lo que el antirreeleccionismo representaba. Si bien la mayoría de ellos no eran opositores activos y veían con horror cualquier cambio fundamental, apoyaban una cierta renovación del personal político así como algunas reformas que dieran mayor seguridad y perspectivas a sus intereses.

Como en otras partes, con el paso de los años fueron surgiendo situaciones que enajenaron a parte de la élite potosina del sistema porfirista. Entre ellas, sobresalió la bancarrota a la que condujeron al estado los gobiernos de los hermanos Diez Gutiérrez, condición que llevó a un grupo de notables potosinos a solicitar al presidente Díaz un cambio de funcionarios, si bien la petición fue negada. Los resentimientos de algunos propietarios aumentaron a raíz de las crisis económicas de los años noventa y de 1907-1909, así como por las medidas oficiales para sortearlas. Un ejemplo de esto lo ofrecieron los Arriaga, destacados liberales, propietarios de importantes intereses mineros y, probablemente, los impulsores más prominentes del Partido Liberal.

Las clases altas potosinas también estaban escindidas por conflictos meramente políticos. En primer lugar, desde el triunfo de la revuelta tuxtepecana y hasta fines del siglo se excluyó a numerosos y destacados conservadores de los cargos importantes; a cambio, aquellos identificados como "liberales" padecieron la misma suerte a partir de 1898, o sea durante las administraciones de Escontria y de Espinosa y Cuevas.³

Estas pugnas intraelite también se nutrieron de la aversión que en la época se tuvo a la inyección de sangre nueva en el aparato político. La eternización de caciques y fun-

³ Un recuento sobre las tensiones que agobiaban a la clase alta potosina se encuentra en COCKCROFT, 1971, capítulos I y II. Sobre las molestias con los impuestos, *vid. Exposición*, 1881.

cionarios llevó a que el control político y buena parte de las riquezas de la entidad quedaran acaparadas en unas cuantas manos. Éste fue un hecho decisivo, pues no sólo excluyó y enajenó a muchos elementos privilegiados sino que también afectó, y más duramente, a amplios sectores de la clase media, quienes tenían capacidad para articular sus intereses.

Como trataremos de probar más adelante, esta inamovilidad política, unida a los atropellos que frecuentemente cometían autoridades y notables en los pueblos, incubó, en ciertos casos, odio y resentimiento popular. La prepotencia y arbitrariedad de los caciques y el personal político fue general en todo San Luis Potosí. Además, la difícil geografía de la zona sudoriental y la consiguiente falta de comunicaciones dieron origen a un florecimiento particularmente vigoroso del caciquismo en este lugar. Los ejemplos sobran: en Alaquines, Mariano Zúñiga; en Ciudad del Maíz, los Barragán; en Valles, Santos Pérez, etc. En fin: que un puñado de poderosos se turnaron diputaciones, jefaturas políticas y los cargos de ayuntamientos y consejos de electores.⁴ El control político naturalmente se traducían en pesos contantes y sonantes. Por ejemplo, Fidencio González, un cacique típico de la Huasteca, era dueño tanto de la orquesta de su pueblo como de enormes cafetales y cañaverales, de fábricas de aguardiente cuyo producto enviaba a Tampico a lomo de muía, etc. Eran tantos los comensales y familiares de este señor de bienes y vidas, que normalmente se les llamaba a la hora de la comida con la campana del pueblo.⁵

Había muchas otras fuentes de malestar, entre las que sobresalía el uso despótico del poder por parte de los jefes políticos, probablemente los funcionarios más odiados,⁶ a la

⁴ Sobre el caso de Zúñiga, *vid. El Estandarte* (11 mayo 1911); sobre el de Valles, MEADE, 1970, pp. 121ss; y sobre el de los Barragán, BAZANT, 1975, pp. 26ss.

⁵ MENDOZA, 1960, p. 14.

⁶ En general, el frecuente abuso de autoridad que cometieron los jefes políticos les valió una oposición vigorosa, tanto popular como de sectores más privilegiados. En la entidad fueron tildados de "reye-

vez que más influyentes, en las relaciones de poder dentro de los pueblos y en las ligas entre éstos y las autoridades superiores. Tales agentes del ejecutivo federal y de los gobernadores, cuyas raíces estaban en la colonia, tenía como misión conservar la paz y suprimir los movimientos opositores. Con tal fin se les había dotado de amplios poderes, haciéndose consuetudinaria la ayuda que les prestaba el ejército, la policía, y la elite de las fuerzas del orden: los rurales. En la Huasteca, por ejemplo, fueron estos cuerpos montados las piezas claves para poder aplastar las rebeliones indígenas. Obviamente estaban relacionados estrechamente con los otros personajes poderosos de la localidad. Fue común en todo San Luis Potosí que, en cuanto empezaron a soplar aires subversivos, los jefes políticos y rurales tomaran bajo su custodia los intereses de mineros, empresarios y hacendados.⁷

Las clases medias y el Partido Liberal

La inamovilidad política aunada al estancamiento en el nivel de vida que sufrieron muchos de los miembros de los sectores medios hicieron de ellos una fuerza potencialmente desestabilizadora. En efecto, de sus filas saldría una gran cantidad de líderes revolucionarios. Algunos de los intelectuales más influyentes durante la revolución vivieron una existencia mediocre hasta 1910, como fue el caso del potosino Antonio Díaz Soto y Gama, quien durante el porfiriato debió conformarse con el cargo de simple oficinista en un bufete de abogados norteamericanos.⁸

zuelos, señores de horca y cuchillo que hacen gemir bajo su tiránica dominación a los pueblos esquilmando sus tesoros y haciendo sentir sobre las sociedades todo el peso de sus malvadas acciones". Cosío VILLEGAS, 1972, p. 95.

⁷ Sobre los rurales en San Luis, *vid.* Wilson, cónsul en Tampico, al cónsul general (24 jul. 1906), en PRO, FO 203, vol. 172; MONTEJANO Y AGUIÑAGA, 1967, pp. 341-342; MEADE, 1970, pp. 129ss; VALADÉS, 1977, I, p. 267.

⁸ En San Luis Potosí los sectores medios incluían a buena parte de los ocho mil comerciantes y cuatro mil agricultores que registró

La capacidad de organización y la claridad ideológica que frecuentemente distinguió a estos estratos medios hizo que de ellos brotara una de las oposiciones más radicales y mejor organizadas al régimen de Díaz: el Partido Liberal. La chispa se inició en San Luis Potosí, al que con cierta razón algunos consideran la "cuna de la revolución". Fue allí donde un pequeño grupo de intelectuales inició a principios de siglo una intensa agitación política. Se trata del profesor Librado Rivera, del periodista y poeta Juan Sarabia, del estudiante de derecho Antonio Díaz Soto y Gama, y —en contraste— de Camilo Arriaga, heredero de destacados liberales y de unos de los intereses mineros más importantes de la entidad, pero que habían venido sufriendo una serie de duros reveses: en síntesis, una gran fortuna en decadencia unida a una clase resentida. No pasó mucho tiempo antes de que esta coalición se radicalizara y se propusiera desatar una revolución para derrocar al régimen de Díaz e introducir profundas reformas sociales en beneficio de las clases trabajadoras, cu las que veía al gran aliado potencial. Su llamado al pueblo se extendió fuera de San Luis. Aun cuando es difícil precisar el grado de influencia de este grupo en los movimientos armados que tuvieron lugar en los años postreros del porfiriato, no hay duda de que sí contribuyeron a crear un clima de agitación y oposición al régimen.⁹

Sería justamente un miembro de la clase media quien se mostrara como el más activo antirreeleccionista en San

el censo, más 150 administradores en el campo, casi 600 burócratas y 1 500 empleados de establecimientos privados, 560 profesores, 120 sacerdotes, 80 médicos y 80 abogados. Además habría que sumar a trabajadores calificados bien pagados como capataces de fábricas, algunos ferrocarrileros, y ciertos artesanos como sastres, costureras, sombrereros y otros que soportaron la competencia mecanizada. *Censo San Luis Potosí, 1900*; COCKCROFT, 1971, especialmente pp. 43-47; *Estadísticas porfiriato, 1956*, p. 211.

⁹ La bibliografía sobre el Partido Liberal crece día a día. Uno de los estudios más completos es COCKCROFT, 1971, aunque según algunos analistas, como Cosío Villegas (1972, pp. 688-704), exagera la influencia del grupo.

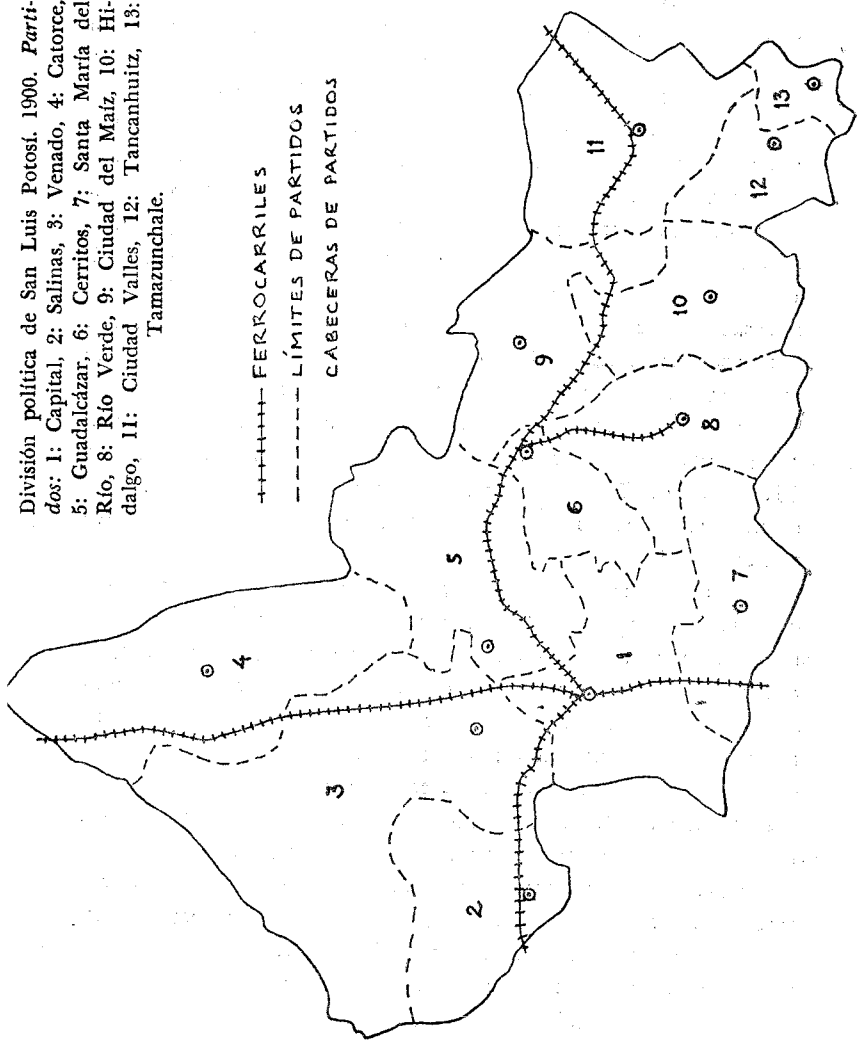
Luis Potosí: el doctor Rafael Cepeda, quien debió soportar la cárcel durante la gira de Madero por la entidad, y quien después fungió como su defensor legal cuando el candidato estuvo prisionero. Cepeda, paisano de Madero y de la misma generación, pertenecía a una familia acomodada de entre cuyos miembros habían salido funcionarios tan distinguidos como un ministro de México en Francia. Cepeda estudió medicina en San Luis Potosí, para después establecer una farmacia y un sanatorio en Saltillo. No por esto se desvinculó de los potosinos y, desde principios de siglo, anunciaba en el principal diario local de San Luis sus servicios de cirujano, ginecólogo y especialista en sífilis, ofreciendo, además, consultas por correo. Fue en esa década cuando entró a la política: en 1908 fue presidente de un club democrático y, después, amigo de Madero y uno de sus seguidores más fogosos y entusiastas. A los 38 años de edad, ya en plena campaña antirreeleccionista, sus compromisos políticos lo obligaron a traspasar apresuradamente su farmacia para irse a la capital de la república. Cepeda, a los ojos de un observador tan poco afecto a los revolucionarios como era el cónsul norteamericano, era visto no tanto como un agitador sino como un hombre moderado, inteligente, responsable y de buen carácter.¹⁰

El corazón de la revuelta

El llamado maderista en San Luis Potosí también encontró una acogida entusiasta entre los notables de los pueblos. Precisamente otro de los defensores legales de Madero, Pedro Antonio de los Santos, pertenecía a una familia de caciques de la Huasteca desde hacía ya generaciones. A pesar de la prosperidad de sus fincas, en el distrito de Tama-

¹⁰ Cónsul Bonney al Departamento de Estado (14 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1847; del mismo (30 sept. 1911), en *ibid.*, 812.00/2401; RODRÍGUEZ BARRAGÁN, 1976, pp. 95ss; BARRAGÁN, 1946, I, pp. 102-103. *Vid.* el anuncio de Cepeda en la primera plana de *El Estandarte* a partir de 1906. CUMBERLAND, 1974, p. 98.

División política de San Luis Potosí. 1900. *Partidos*: 1: Capital, 2: Salinas, 3: Venado, 4: Catorce, 5: Guadalcázar, 6: Cerritos, 7: Santa María del Río, 8: Río Verde, 9: Ciudad del Maíz, 10: Hidalgo, 11: Ciudad Valles, 12: Tancanhuitz, 13: Tamazunchale.



zunchale, los Santos se encontraban un tanto ajenos al auge que otras regiones huastecas experimentaron durante el porfiriato, y, sobre todo, en disputa con los grandes hacendados de la región. Además de sus resentimientos económicos, padecían un tenaz hostigamiento político, ya que, a pesar de haber sido tuxtepecanos, habían encabezado una fracasada revuelta indígena en la década de los ochenta en compañía de otros rancheros importantes, como los Lárraga y los Terrazas. Mientras estudiaba leyes Pedro Antonio se había convertido en un destacado reyista, en unión de otros jóvenes acaudalados como los Barragán, y desde 1909 había ingresado al antirreeleccionismo como orador de la campaña y exitoso proselitista. No tardó en encontrar respuesta entre sus pares. Un ejemplo fue Leopoldo Lárraga, quien, a instancias de De los Santos, sostuvo la candidatura maderista en el consejo electoral de Valles durante los comicios de 1910. Los conflictos que esto le acarreó con el jefe político se vinieron a sumar a ciertos "problemas comerciales" que ya padecía.¹¹

Tanto Santos como Lárraga provenían de la zona sur-oriental de San Luis, la Huasteca, cuyas tierras húmedas y su clima tropical la hacían potencialmente rica para la agricultura y la ganadería. En contraste con la aridez extrema del resto de la entidad, los distritos huastecos —Valles, Tancahuitz y Tamazunchale— formaban una unidad geográfica y económica con las Huastecas veracruzana, hidalguense y tamaulipeca. No hacía mucho, durante el porfiriato, todas ellas habían intentado constituir un estado independiente. Las actividades agrícolas y ganaderas de la región habían progresado innegablemente en esta etapa. Tal prosperidad había sido acelerada con la construcción del ferrocarril a Tampico, que colocó a los huastecos —sobre todo a los de Valles— en una posición comercial estratégica entre el centro del país y el Golfo de México, a la vez que los conectó con el poderoso vecino del norte. Para fines del mandato de Díaz,

¹¹ MÁRQUEZ, 1979, pp. 31ss; *El Estandarte* (8 mayo 1911).

y únicamente en la Huasteca potosina, florecían unas doscientas plantaciones tropicales y centros ganaderos que, en algunos casos, podían considerarse entre los más prósperos del país.¹²

El auge propició el despojo de las tierras de los indios. Concomitantemente, y por lo menos desde mediados del siglo XIX, la inquietud social explotó repetidas veces en la Huasteca. El ejecutivo potosino, con la intención expresa de acabar con la "excitación constante, las agitaciones frecuentes, las discusiones permanentes, los disturbios y las insurrecciones" a los que, en su opinión, eran particularmente propensos los indios huastecos, se adelantó a la política, dictada desde el centro, que aceleró la privatización y el acaparamiento de tierras a expensas de los terrenos de los pueblos. En 1881 ordenó el deslinde de terrenos comunales, lo que vino a fomentar la especulación de la tierra y su acaparamiento en manos de hacendados y caciques. Esta medida se aplicó con rigor, aun cuando el mismo Diez Gutiérrez reconoció los "agravios profundos" que suscitó.¹³

Sin embargo, dentro de la Huasteca la situación se complicó pues el deslinde afectó también a algunos de los propietarios más prósperos que poseían sus tierras en forma de conduñazgos. La acción gubernamental, tendiente a modificar lo que los potosinos del altiplano consideraban un espectro casi feudal del hacendado y el rancharo huasteco, creó múltiples fricciones entre estos ricos poseedores en común, a más de que los forzó a engrosar las filas de los contribu-

¹² MEADE, 1970, pp. 112-113; Wilson, vicecónsul en San Luis Potosí, a the Foreign Office (28 ago. 1904), en PRO, FO 203, vol. 160, folio 93; *The Mexican yearbook*, 1909, p. 609.

¹³ *La Unión Democrática* — *Periódico Oficial del Estado de San Luis Potosí* (15 sep. 1881); artículo de Antonio Díaz Soto y Gama en *El Universal* (9 dic. 1953); VELÁZQUEZ, 1946, iv, pp. 79-81. Además, a partir de 1883, el estado impulsó aún más esta política mediante el deslinde de baldíos. En la región de Valles, por ejemplo, las haciendas de Tanzacalte, Tanculpaya, Tamaquiche y Tampaya aprovecharon la ocasión para legitimar su extensión. MEADE, 1970, pp. 133ss.

yentes al impuesto sobre las fincas rústicas, la segunda fuente en importancia del erario público estatal. La defensa de estas propiedades "proindivisas" de la Huasteca potosina fue tenaz y brillante, y en su favor actuaron teóricos tan destacados nacionalmente como Winstano Luis Orozco. No obstante, ni siquiera la muerte de Diez Gutiérrez hizo variar el rumbo al gobierno local. Tanto la administración de Escontria como, de manera especial, la de Espinosa y Cuevas siguieron adelante con esta fuente de resentimientos para los indios y los acaudalados huastecos.¹⁴

Así las cosas, a nadie extrañó que las actividades opositoras encontraran un terreno sumamente fértil en el sureste. Este polvorín estalló, una vez más, poco después de que a Madero se le diera la ciudad de San Luis por cárcel. En agosto de 1910 los indios, exasperados por la continua pérdida de sus tierras y la ineficacia de sus reclamaciones, y ante la inminencia de un nuevo catastro rural, volvieron a tomar las armas. El conflicto escaló rápidamente, varios rurales fueron muertos, y el jefe político y los comerciantes de Tamazunchale planearon la defensa de lo que parecía ser una inminente toma de su ciudad. Las autoridades estatales movilizaron todas las tropas disponibles y hasta consiguieron unas provenientes de Aguascalientes, además de mandar a aquellas que resguardaban a la capital potosina e inclusive a su penitenciaría.

No tardó en descubrirse que los dirigentes de la revuelta no eran indios huastecos, sino que ésta había sido auspiciada por antirreeleccionistas y por algunos empleados de gobierno, y que entre los más comprometidos había un puñado de hijos de acaudalados vecinos de Tamazunchale. El líder principal fue Ponciano Navarro, quien, conocedor de la zona, había desarrollado una delicada campaña entre los caciques

¹⁴ "Los condueñazgos en la huasteca", en *El Estandarte* (9 oct. 1901); OROZCO, 1906; "Rasgos biográficos de Blas Escontria", en *El Estandarte* (3 ago. 1906); informe de gobierno del gobernador Espinosa y Cuevas, en *El Estandarte* (sept. 1907); MÁRQUEZ, 1979, pp. 53-57; MENÉNDEZ, 1955, pp. 123-124.

indios más independientes buscando reclutas entre aquellos descontentos con la situación agraria. Probablemente gracias a sus conexiones con altas personalidades antirreeleccionistas pronto empezaron a circular en la Huasteca potosina cientos de armas. La revuelta fue dura para los federales, pues en lo más intrincado y húmedo de la Huasteca los insectos y enfermedades los asolaron, provocando no sólo algunas bajas sino, sobre todo, una enorme desertión. Sin embargo derrotaron a los rebeldes, y a fines de agosto comenzó el retiro de tropas; Navarro huyó a la sierra, en donde poco después fue capturado, mientras los presos —incluidas algunas “personas decentes de cultura”— fueron llevados a la ciudad de San Luis y una buen parte de ellos pasó a engrosar las filas del ejército.¹⁵

II. EL ANTIRREELECCIONISMO GANA TERRENO

MIENTRAS TANTO se fueron agotando los caminos legales para los antirreeleccionistas. En octubre de 1910 se ordenó al jefe militar en el estado aprehender a Madero y a De los Santos. Cepeda utilizó entonces su influencia entre los ferrocarrileros, uno de los gremios obreros más combativos en el estado, para violentar la huida del líder antirreeleccionista. Ya en San Antonio se le unieron, entre otros, Cepeda y De los Santos; ahí acabaron de redactar el Plan de San Luis. Éste desconocía al gobierno de Díaz, declaraba a Madero presidente provisional, y llamaba a las armas a partir del 20 de noviembre. El plan era notablemente estéril en cuanto a reformas económicas y sociales, pero su promesa de revisar aquellos fallos mediante los cuales “numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas”, habían sido despojados

¹⁵ La revuelta tuvo lugar principalmente en la serranía de San Francisco, en Xilitla y en Axtla. *El Estandarte* (7, 9, 10, 12, 14, 30 ago., 2, 3 sept. 1910). Según el *Diario del Hogar*, la revuelta no era de origen antirreeleccionista. Vid. CUMBERLAND, 1974, p. 117.

de sus tierras, y exigir su restitución y una indemnización, probablemente influyó para que el movimiento se extendiera a lo largo y ancho del país.¹⁶

Por el momento nada parecía turbar a la élite potosina. Pedro Barrenechea —quien otorgó la fianza para liberar a Madero— prosiguió organizando, con ayuda de la banca y el comercio estatal, el baile, el banquete, la comida y las serenatas con que se festejaría la nueva toma de posesión del gobernador Espinosa y Cuevas.¹⁷ A mediados de noviembre hubo cierta agitación popular en la ciudad al conocerse el linchamiento de un mexicano en Estados Unidos. Los trabajadores del riel —quienes tenían profundos agravios hacia sus colegas norteamericanos por los privilegios de que gozaban dentro de las compañías ferrocarrileras— decretaron un boicot a todas las mercancías estadounidenses. Por esos días también empezó una huelga de panaderos, y se comentó con alarma que, aun cuando las cosechas en el estado no habían sido particularmente malas, los precios del maíz, frijol y trigo se mantenían tan altos como en las del desastroso año agrícola de 1909.¹⁸

Fue después de los graves sucesos maderistas del 18 de noviembre en Puebla que el gobierno potosino empezó a tomar en serio los planes rebeldes. Se aprehendió entonces a simpatizantes del movimiento, provenientes casi todos ellos de los sectores medios: profesores, un ministro protestante, propietarios y comerciantes en pequeño, así como un introductor de ganado. El día 20, cuando estaba previsto el inicio

¹⁶ *El Estandarte* (11, 14 oct. 1910); VELÁZQUEZ, 1946, IV, pp. 213 a 220; COCKROFT, 1971, pp. 39-41; MENÉNDEZ, 1955, p. 24.

¹⁷ *El Estandarte* (18 nov. 1910).

¹⁸ Las cosechas fueron decididamente malas en El Catorce y San Luis, y medianas en Río Verde, Ciudad del Maíz y Matehuala. *El Estandarte* (25 ago. 11, 13, 19 nov. 1910); cónsul Bonney al Departamento de Estado (4 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1774. Sobre los conflictos entre los ferrocarrileros mexicanos y norteamericanos en San Luis Potosí, *vid.*, entre otros reportes, uno del mismo cónsul (18 mar. 1911), en *ibid.*, 812.00/1071.

de las hostilidades en todo el país, la ciudad de San Luis conoció los primeros sobresaltos. En los barrios de los ferrocarrileros amanecieron pegadas proclamas revolucionarias, y de inmediato la policía solicitó todos los rifles, carabinas y parque en existencia. En la tarde varios petardos causaron pánico entre los paseantes de la concurridísima serenata dominical. Gendarmes de la montada y rurales patrullaron la ciudad en la noche, mientras que quienes vigilaban la jefatura política y la penitenciaría permanecieron en vigilia en contra de su costumbre.

Sin embargo, la vida rutinaria de San Luis Potosí no se perturbó más allá de lo descrito, aunque se continuó apresando a sospechosos y obligando a huir a otros. Como era natural, el énfasis se puso en la zona más peligrosa, la Huasteca, en donde se detuvo a Leopoldo Lárraga, quien había tenido ya contactos con Ponciano Navarro. Fue entonces cuando los propietarios de la zona empezaron a sacar provecho del río revuelto. Aprovechando la persecución antirreeleccionista, algunos hacendados huastecos denunciaron a muchos indios, en su inmensa mayoría ajenos al español y a la política, con el fin de poder quedarse con sus tierras. En buen medida por esta argucia, la penitenciaría potosina estaba a reventar a fines de 1910.¹⁹ Ya entonces se dejaba sentir otro impacto de la revolución en San Luis Potosí: al estado se le había hecho contribuir con hombres para aplastar los brotes maderistas en Chihuahua.²⁰

Al entrar 1911 se siguió acentuando la efervescencia en el sureste.²¹ En el extremo norte de esta zona, en las serranías que unen a San Luis Potosí con Tamaulipas, empezó a merodear un pequeño grupo armado autodenominado "Ejército Libertador de Tamaulipas" al mando de Alberto Carrera To-

¹⁹ *El Estandarte* (14 nov. 1910).

²⁰ *El Estandarte* (22 dic. 1910).

²¹ A fines de 1910 se mandaron artilleros a la Huasteca y continuaron las aprehensiones en la región. *El Estandarte* (29 dic. 1910; 3, 8 ene. 1911).

rres, joven de 22 años, maestro de primeras letras y estudiante de leyes. Éste era el primogénito de una familia modesta, pero había visto coronados sus esfuerzos por alcanzar una posición más desahogada: su padre había pasado de arriero a mayordomo de una compañía de transportes de un español y, junto con su madre, dueña de un pequeña tienda de abarrotos, había adquirido veinte hectáreas de tierra. La militancia política del hijo mayor se inició en 1905, cuando empezó su corta labor de maestro. Aparentemente, fue entonces cuando ingresó al Partido Liberal Mexicano, en tanto que se convirtió en un crítico acérrimo del porfiriato, lo que le ganó una aprehensión policiaca. A fines de 1908, junto con su hermano Francisco, abrió un bufete jurídico en donde aceptó casos que no aumentaron mayormente sus ingresos, por lo que se le empezó a conocer como el "defensor de los pobres". Para cuando el maderismo entró de lleno en la escena política nacional, sus actividades opositoras le hicieron objeto de la acción represiva del régimen, que en esa ocasión le dejó una herida en la pierna que no sanó nunca. A fines de 1910 pudo escapar de ser aprehendido y se lanzó de lleno a la clandestinidad.²²

Durante los dos primeros meses del año, mientras en la capital estatal continuaba la expectación por las corridas de toros o por la temporada de Mimí Aglúgia en la ópera,²³ en las zonas más alejadas empezaron a aparecer fisuras en el orden establecido. Aun cuando el gobierno del centro mandó pertrechos a San Luis Potosí, cundieron ciertos temores dada la escasez de tropas federales. Consecuentemente, se empezaron a armar muchos hacendados, rancheros, hombres de negocios y hasta ferrocarrileros. Además, también entonces, pequeños grupos se desparramaron por las montañas, caminos y ranchos cometiendo robos y exigiendo caballos, dinero y armas. En el norte, desértico y minero, ope-

²² ALCOGER, 1975, pp. 3-5; ROJAS, 1979.

²³ Había también mucha preocupación por los brotes de tifo cerca de la capital. *El Estandarte* (7, 12 mar. 1911).

raba una banda de treinta hombres, mientras que otras semejantes acosaban las proximidades de la ciudad de San Luis y el centro petrolero de El Ébano. A la vez, los lugares que tradicionalmente habían sufrido de bandidaje vieron crecer sus preocupaciones. Muy probablemente estas acciones eran obra de gente que no tenía nada que perder y se desfogaba, así, de la opresión y la miseria reinante. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los propios miembros de la élite y de la clase media se colocaran a la cabeza de este enorme trasfondo de resentimientos e injusticias sociales.²⁴

Las clases trabajadoras

Además de las razones ya expuestas, hubo otras coyunturales que también explican esta ebullición popular. Existen varias indicaciones de que, para muchos campesinos potosinos, su secular pobreza se acentuó a fines del porfiriato, cuando la mayor parte de los salarios agrícolas se mantuvieron constantes al tiempo que los precios de los alimentos básicos, como el maíz y el frijol, ascendieron dramáticamente. Tal problema fue particularmente agudo en 1906 y 1909, por haber sido pésimos años agrícolas.²⁵ La exigüidad de los

²⁴ En El Ébano había habido ya varias escaramuzas (*El Estandarte*, 3 dic. 1910); en El Catorce había ya unos treinta alzados (*ibid.*, 4 ene. 1911), y hubo robos armados en Soledad de los Ranchos, (*ibid.*, 5 ene. 1911). Sobre lo que pasó en febrero, *vid. ibid.* (13 feb. 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (11 mar. 1911), en NA, RG 59, 812.00/998; del mismo (18 mar. 1911); en *ibid.*, 812.00/1071; del mismo (28 mar. 1911), en *ibid.*, 812.00/1101.

²⁵ Últimamente se ha rebatido la tradicional idea de que durante todo el porfiriato la producción de alimentos básicos se descuidó, en beneficio de los de exportación. *Vid. COATSWORTH*, 1976. Sin embargo, todos parecen estar de acuerdo en que la producción empezó a declinar abruptamente desde 1906-1907. En las haciendas potosinas de los Ipiña, por ejemplo, el precio del maíz se fue elevando desde principios de siglo: en Bledos alcanzó su punto culminante en 1906 y en San Diego se duplicó su valor tan sólo entre 1904 y 1911, mientras que en Bocas, en 1904, se seguía pagando el mismo salario que medio siglo atrás al

salarios de los mineros y campesinos en San Luis Potosí llamó la atención hasta a personajes tan poco radicales como el cónsul norteamericano.²⁶ Y si bien hay testimonios de que hacendados como los Ipiña trataban con consideración a los trabajadores, tampoco faltaron ocasiones en que los peones tuvieran que soportar castigos corporales. En 1906 los malos tratos de un terrateniente potosino llamaron la atención hasta en la opinión pública nacional.²⁷

Un problema más serio que se cernía sobre las clases trabajadoras en el campo y la ciudad era el del desempleo. Al entrar el siglo, aquellos que no encontraban trabajo alcanzaron el segundo lugar de la clasificación con que el censo oficial dividía a la población económicamente activa. Su monto llegó a ser sólo un poco inferior al de los peones, y a fines del porfiriato "saturaban" las calles de la capital estatal.²⁸ Pronto los desempleados empezaron a sufrir los efectos de la revolución: desde febrero de 1911, cuando arreciaron los conflictos con los maderistas en el norte del país, la policía potosina se dedicó a arrestar a quienes viajaban

tiempo en que el precio del maíz había ascendido un 300%. Sin embargo, debe hacerse la salvedad de que estos datos no comprueban un deterioro definitivo en el nivel de vida de los campesinos, ya que las mismas tendencias que echaron abajo el nivel de vida de los peones beneficiaron a los aparceros y, frecuentemente, una misma persona cumplía ambas funciones. Las excepciones parecen haber sido los desastrosos años agrícolas de 1906-1907 y 1909-1910, en que las pésimas cosechas afectaron a todos por igual. BAZANT, 1975, pp. 171-179.

²⁶ Por lo menos los sueldos de los vaqueros potosinos eran bastante más bajos que los de Chihuahua. KAERGER, 1976, p. 176; cónsul Bonney al Departamento de Estado (16 oct. 1912), en NA, RG 59, 812.00/5310; TANNENBAUM, 1968, p. 150.

²⁷ En las fincas de los Ipiña, por ejemplo, cuando había malas cosechas y falta de trabajo no se despedía a la gente, sino que se importaba maíz de Estados Unidos para ella y se les procuraba dar empleo. También mantenían escuelas y trataban que los precios de la tienda de raya no fueran excesivos. BAZANT, 1975, pp. 131-137, 150; 1974, pp. 109-110. En relación a los maltratos, *vid.* GONZÁLEZ NAVARRO, 1957; pp. 223-224.

²⁸ *The Mexican yearbook*, 1900; COCKCROFT, 1971, pp. 47-53.

hacia los Estados Unidos, detenidos que, en su mayoría, sólo buscaban trabajo.²⁹

Durante el porfiriato los obreros de la entidad se distinguieron por su combatividad. Después de los de la ciudad de México y los estados de Veracruz y Puebla, ocuparon un lugar preponderante en cuanto al número e importancia de sus huelgas. Como en muchos otros lugares, en esa etapa, su número aumentaba mientras seguían padeciendo bajos salarios y largas jornadas, que frecuentemente incluían trabajo dominical, horarios nocturnos y muchos accidentes.³⁰

En la década de los ochenta hubo paros en las minas de Charcas, Catorce y Matehuala. En 1901 este último centro permaneció cerrado por cerca de un mes en protesta por los altos precios del maíz, y dos años después otro movimiento huelguístico en esta ciudad fue reprimido por las tropas federales. En los últimos meses del porfiriato algunos mineros de Santa María de la Paz perdieron la vida en choques con las autoridades.³¹ Además de la de los mineros, resaltó la combatividad de los trabajadores del riel, actitud que los llevó a conflictos serios en 1903, 1904, 1906 y 1907. Esta efervescencia, aunada a la ayuda que su gremio prestó a Madero para huir de San Luis, los convirtió en blanco predilecto de la policía.³²

El sureste

Todas estas tensiones sociales cristalizaron en la ayuda que el pueblo prestó a los líderes maderistas propagando la agitación y secundando su llamado a las armas. Como era previsible, el sureste —tanto la Huasteca como el valle maicero

²⁹ *El Estandarte* (19, 22 feb. 1911).

³⁰ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, pp. 280-299.

³¹ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, pp. 313; COCKCROFT, 1971, p. 49; cónsul Wilson a Hohler (14 ago. 1911), en PRO, FO 204, vol. 392, no. 282.

³² ANDERSON, 1976, pp. 90, 214ss; COCKCROFT, 1971, pp. 132-135; GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, p. 41. Sobre las aprehensiones a ferrocarrileros, *vid. El Estandarte* (11 feb. 1911).

que colinda con ella por su parte norte— fueron el corazón de la revuelta. En febrero de 1911 varios grupos pequeños que merodeaban Río Verde provocaron tal efervescencia que obligaron a todos los jefes políticos de la zona a concentrar ahí a sus fuerzas, al gobierno estatal a mandar rifles para la defensa, a la policía a incrementar los arrestos, y a los particulares a pertrecharse hasta agotar el parque en existencia.

Desde un principio fue evidente que los dirigentes anti-releccionistas contaban con amplios recursos, ya que, en buena medida debido a las excelentes pagas y armas que podían ofrecer, no tuvieron problemas en reclutar adeptos. También se notaba entonces su preocupación porque la revuelta no rebasara los parámetros políticos y degenerara en un ataque a las personas y a su propiedad. Para ello encuadraron y disciplinaron bien a sus huestes, cuidando hasta detalles como el de evitar abusos con los pasajeros de los trenes detenidos, o el pagar por la comida en las fincas a las que entraban.

En abril la situación tomó visos más graves para las autoridades. Los alzados alcanzaron los varios cientos y llegaron a controlar el ferrocarril hacia Tampico al punto de permitir el tránsito por meras razones estratégicas, ya que, utilizándolo para vender guayule y otros productos de la zona, ayudaban a financiar la revolución. La amenaza que se cernía sobre Valles obligó, por primera vez en la revuelta, a suspender las garantías.³³

La revuelta local fue aguijoneada por la dramática situación que agobiaba al resto del país. En abril, mientras el gobierno de Díaz y los revolucionarios intentaban llegar a un acuerdo, Madero y gran parte de sus fuerzas de combate se congregaron frente a Ciudad Juárez, en donde concertaron

³³ *El Estandarte* (21, 23, 24 feb., 1, 2, 3, 24, 28 mar., 1, 2, 8, 9, 19, 25 abr. 1911); cónsul Miller en Tampico al Departamento de Estado (30 mar. 1911), en NA, RG 59, 812.00/1125; del mismo (31 mar., 1911), en *ibid.*, 812.00/1146; del mismo (30 mar. 1911), en *ibid.*, 812.00/1150; y del mismo (1 abr. 1911), en *ibid.*, 812.00/1255.

un armisticio que vencería el 6 de mayo. Al no haber logrado un nuevo acuerdo se iniciaron los hostilidades, que fueron ganadas por los insurgentes. El triunfo de Ciudad Juárez fue definitivo para la revolución. Aún sin haber alcanzado una victoria militar completa se encendieron los ánimos rebeldes, y en la opinión pública se operó un cambio decisivo en su favor. En el bastión tomado, Madero asumió su carácter de presidente provisional y nombró a su gabinete. La guerra civil se fue extendiendo por muchos puntos del país y los levantados en el sur amenazaron la capital de la república.

El 29 de abril la rebelión potosina cobró sus primeras victorias, precisamente en la Huasteca: cien jinetes, comandados por los hermanos Terrazas y por Pedro Montoya, entraron por sorpresa al pequeño pueblo de Lagunillas, encarcelaron a las autoridades, y se proveyeron de dinero y víveres en las oficinas públicas, la iglesia, las casas comerciales y las de los ricos. Al día siguiente se unieron a los ochenta hombres acaudillados por Isauro Verástegui y juntos alcanzaron a las fuerzas de Miguel Acosta, quien, con treinta jinetes bien armados, estaba acechando el próspero pueblo de San Ciro. En los primeros días de mayo estas huestes entraron al poblado, liberaron a los presos, y se hicieron de fondos.

Desde estos primeros triunfos de la rebelión potosina quedó en claro un hecho que sería decisivo para determinar el carácter de la revolución: los caudillos no habían surgido de entre los trabajadores, sino que éstos habían respondido al llamado a las armas hecho por notables del lugar, en su mayoría hacendados medios, que supieron aprovechar y canalizar el trasfondo de agitaciones populares de la región. Además, una buena parte de estas familias, movida por la necesidad de preservar su poderío económico y acrecentar el político, ya había encabezado levantamientos locales y sufría los sinsabores de sus derrotas. Un hermano de Pedro de los Santos, el principal organizador del antirreeleccionismo huasteco, se vanagloriaba de no haber ingresado a la re-

volución por hambre: "Mi familia era de ganaderos acomodados, con recursos económicos; no como los otros que se enrolaron por muertos de hambre." Los Terrazas y los Lárraga, que pocos días más tarde empuñaron las armas, eran ambos propietarios de algunas fincas y probablemente sufrían el acoso político que afectaba a los De los Santos por haberlos secundado en la revuelta abortada de los años ochentas. Montoya, conectado con el mismo organizador, era dueño del rancho Charco de Piedra y se había casado con una mujer adinerada. Por su lado, Verástegui pertenecía a una de las familias de mayor abolengo en San Luis Potosí, aunque probablemente a su rama más pobre, la cual era notable porque uno de sus miembros había servido como ideólogo de la importante rebelión de Sierra Gorda que, en 1848, exigió medidas en favor de los arrendatarios. Este rico hacendado por herencia materna —era dueño de las fincas El Capulín y Tepeguaje, una de las mejores de la fértil región de San Ciro, y parcialmente del rancho ganadero El Soyotal— se encontraba, además, acosado por conflictos con las autoridades locales. Por último, Acosta era un coahuilense de 26 años "fino, correcto y de conducta intachable", que contaba con un perfecto conocimiento de la geografía regional, pues desde semanas atrás había estado reclutando gente para el antirreeleccionismo, ofreciendo muy buenas pagas y pertrechos. Era hombre de todas las confianzas del máximo dirigente de la revolución, en buena medida por estar lejanamente emparentados al ser ambos sobrinos de Evaristo Madero. Además, ésta no era la única conexión del joven líder con la elite porfirista, ya que también era sobrino del general Alberto Guajardo, jefe de armas en Coahuila. Pero las semejanzas de clase no fueron suficientes para conjurar las fricciones entre los revolucionarios, ya que, movido por viejas rencillas personales, Verástegui asesinó al presidente municipal, lo que disgustó altamente a Acosta.

La toma de San Ciro fue definitiva para la rebelión. No sólo puso en evidencia la debilidad de las autoridades sino

que desató la primera acción decidida y unificada de un pueblo, ya que fue éste, ajeno a las tropas revolucionarias, el que logró hacer huir a sus odiados caciques. Pero los líderes antirreeleccionistas no permitieron que esta efervescencia social se desbordara y los rebasara: reclutaron a los lugareños más combativos y, al extender sus actividades por rancherías y haciendas, insistieron en entrar a fincas de personalidades connotadas —generalmente comportándose de manera muy correcta —y hasta trataron de encarcelar al jefe político de Rayón.³⁴

Algunos hacendados de la zona, sintiéndose amenazados y carentes de protección adecuada, ayudaron al gobierno a hacer frente a la situación. En tal empresa, hicieron que la revolución entrara de lleno en la vida de muchos campesinos. Un ejemplo nos lo da el gobernador de Morelos, Pablo Escandón, poseedor de El Jabalí, una de las fincas más exitosas de la región de San Ciro. Escandón mandó armar, con pertrechos que anteriormente le entregaron las autoridades estatales, a cincuenta peones para que salieran en pos de los rebeldes. En este caso, como en otros muchos, estas acciones solían ser encomendadas a los administradores, ya que la mayor parte de los pudientes, en vez de tomar las riendas en sus propias manos, se decidió por evacuar rápidamente y buscar refugio en alguna ciudad importante. En mayo de 1911 el éxodo desde Río Verde, Cerritos, Ciudad del Maíz, Cárdenas, Alaquines, Valles y otros poblados del sureste se unió con aquel que provenía de tantos otros puntos del estado.

Por su parte, las autoridades extremaron las medidas en contra de los alzados. En mayo el propio gobernador vigiló el embarque de cientos de soldados y rurales hacia la

³⁴ Acosta, por ejemplo, llegó a ofrecer dos pesos diarios, y él mismo habrá traído de la frontera un contrabando de fusiles y parque que distribuyó en sus seguidores en San Ciro. *El Estandarte* (2, 3, 4, 5, 7, 9, 16 mayo 1911); MENÉNDEZ, 1955, pp. 26, 59; MENDOZA, 1960, pp. 16ss. Sobre la familia Verástegui, *vid.* BAZANT, 1975, pp. 68ss. La cita sobre la familia De los Santos, en MÁRQUEZ, 1979, pp. 66-68.

región, y los jefes políticos de Alaquines y de Río Verde encabezaron la resistencia. Algunos funcionarios empezaron a ser sustituidos, pero esto sólo aumentó la energía en contra de los rebeldes. Un ejemplo fue el nuevo jefe político de Valles, quien, amparándose en la suspensión de garantías, realizó un enorme número de aprehensiones y hasta algunos asesinatos, entre ellos el de un sirviente de los Lárraga, familia que tenía ya a dos de sus miembros en armas.³⁵

Sin embargo ya nadie pudo evitar que la revuelta se extendiera como mancha de aceite por todo el sureste. Desde la primera mitad de mayo Alaquines, Valles, Rayón, Cerritos y Guerrero estuvieron en constante asedio. El día primero tomó las armas Pedro Antonio de los Santos quien, sin embargo, tuvo que retirarse poco después al ser herido de bala. El 8 los revolucionarios entraron pacíficamente en Ciudad del Maíz y una pequeña partida entró a la finca azucarera de Rascón, dejando al ingenio inutilizable. La acción, aunque pequeña, revistió una gran importancia simbólica por tratarse de una obra del único líder de auténtica extracción popular que alcanzara cierta envergadura en la región: Antonio Aguilar, un ex peón de esta misma hacienda. En esta ocasión las autoridades se esmeraron en exterminar a la banda. Aun cuando originalmente el jefe político había encomendado la defensa a los propietarios americanos, después de la toma salió en busca de los alzados, logrando capturar a doce de los quince inmiscuidos, quienes fueron pasados por las armas de inmediato. Así, desde su primera acción, las huestes de este dirigente campesino fueron liquidadas, y en la región ya no surgió otro capaz de mermar la hegemonía que sobre la dirección del movimiento rebelde gozaban los líderes más privilegiados.

³⁵ *El Estandarte* (5 a 20 mayo 1911); consil Bonney al Departamento de Estado (14 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1770; del mismo (14 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/1847; con ul Miller al Departamento de Estado (8 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/1783; del mismo (10 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/1806; del mismo (11 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/1832.

La revuelta continuó implacable. El 9 de mayo hubo un enfrentamiento en Cárdenas; dos días más tarde, Acosta tomó Tamazunchale y Xilitla, ambas situadas en lo más intrincado de la Huasteca; y una semana después, la ciudad de Rayón.

El ritmo normal que la vida había seguido por tantos años estaba hecho añicos. La inseguridad reinante entorpeció fuertemente las actividades económicas, algunas escuelas fueron paralizadas, y se llegaron a suspender eventos tan gustados como corridas de toros y obras de teatro.

Para mediados de mayo el personal político en el sureste ya no resistió el embate y se empezó a desmoronar. Muchos funcionarios —otrotra inamovibles— renunciaron, pidieron licencia, o de plano salieron huyendo, sin siquiera intentar evitar la toma de la población. Así, de un día para otro, muchos poblados, sobre todo los más pequeños, se encontraron sin autoridades. Pero el fenómeno también ocurrió en las ciudades importantes: para el 12 de mayo ya no había jefe político en Alaquines, Cerritos y Río Verde, ni juez de primera instancia en Ciudad del Maíz y Tamazunchale. En síntesis, en el momento en que el gobierno de Díaz se derrumbaba el sureste potosino estaba ya paralizado, y buena parte se encontraba francamente en manos rebeldes.³⁶

No hay duda de que el pueblo reaccionó con entusiasmo a este movimiento, propagando la efervescencia, alzándose en armas y siguiendo a los cabecillas más privilegiados. De otra manera no se explica que, para fines de mayo, hubiera ya cerca de un millar de levantados en la región. Un caso notable fue el de los presos de Alaquines, quienes, aprovechando un descuido del celador, se fugaron para incorporarse a las huestes de Montoya. Además, y esto fue tal vez más significativo, los pueblos fueron totalmente apáticos en

³⁶ *El Estandarte* (22, 28, 31, mar., 6, 25, 27, 29, abr. 1911). Sobre las haciendas acosadas en la región, *ibid.*, (31 mar. 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (4 abr. 1911), en NA, RG 59, 812.00/1291; del mismo (18 mar., 1911), en *ibid.*, 812.00/1071.

la defensa del gobierno. No sólo se negaron a engrosar las filas de los soldados federales o de los "cuerpos de voluntarios" que en ese entonces empezaron a organizar las autoridades porfiristas, sino que ni siquiera se esforzaron por defenderse de las tomas de la revolución. Pero este entusiasmo popular por sacudirse de encima al gobierno porfirista no era suficiente para evitar que la conducción de la revuelta y sus triunfos quedaran, firmemente, en manos de quienes tenían otros intereses de clase.

El noroeste

El levantamiento en el noroeste potosino fue más una hechura de dirigentes antirreeleccionistas que lo que había sido en el sureste, con su historia de palpitante agitación social. El artífice principal fue Cepeda, quien en los primeros meses de 1911 logró motivar a varios connotados potosinos y coahuilenses a que se lanzaran a esta empresa. Los líderes fueron respaldados con una organización eficiente y se les proveyó de fondos para reclutar y pertrechar a sus contingentes. En principio, el encargado de pagar a estas tropas fue Ladislao Patiño, ex secretario de la Sociedad Mutua de Artesanos de San Luis Potosí, quien después de establecer contactos con los maderistas en la frontera regresó a la entidad en calidad de empleado gubernamental. Aun cuando Patiño fue apresado al poco tiempo, todo parece indicar que el dinero siguió fluyendo.

Al frente de estas huestes se colocó a Ildelfonso Pérez, un coronel retirado, competente, responsable y muy exigente con sus subordinados militares. En marzo de 1911, a los 69 años, este antiguo liberal se había alzado, malarmando a tres mozos de su propia finca. Después de que Cepeda lo pertrechara y le diera un lugar en la jerarquía antirreeleccionista, formó una mancuerna con Gertrudis Sánchez, un fogoso coahuilense de 26 años y de familia distinguida. Juntos organizaron un cuerpo militar muy bien estructurado y disciplinado, el cual, para alivio de los propietarios, siem-

pre respetó la propiedad y fue enemigo de utilizar la violencia de manera innecesaria. Establecieron su cuartel general en la finca El Salado, en el extremo norte, y desde allí acosaron la región, detuvieron en múltiples ocasiones el tren a Laredo, y tuvieron en jaque a ciudades tan importantes como Charcas, Cedral y Matehuala, el segundo centro económico de la entidad.

Sus acciones fueron efectivas. En marzo las autoridades de Matehuala intentaron organizar un "cuerpo de voluntarios"; pero la población no secundó el llamado, apoyando, tácitamente, la entrada de los rebeldes. A principios de abril éstos fijaron carteles en la penitenciaría, el mercado y otros puntos de gran concurrencia, pidiendo la rendición de la plaza, por lo que las autoridades de la capital estatal no tuvieron más remedio que destinar medio centenar de sus escasos soldados para contener el ataque.³⁷ Sin embargo, las huestes de Pérez y Sánchez siguieron engrosando y asediando constantemente a la región hasta obtener la victoria el 13 de mayo, cuando forzaron la renuncia de las autoridades de Matehuala.³⁸

Paralelamente surgió otro grupo armado de origen y comportamiento opuesto al de los prósperos antirreeleccionistas. Se trataba de una banda de extracción netamente popular, y que, por su envergadura militar y por el destino que sufrió, es de relevancia sin igual para entender el carácter clasista de los inicios de la revolución en San Luis Potosí. Este grupo estaba encabezado por Nicolás Torres,

³⁷ *El Estandarte* (2, 3, 9, 10, 13, 11, 16, mayo 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (14 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1847.

³⁸ *El Estandarte* (2, 3, 5, 7, 11, 13, 14, 17, 18, 24, 30 mayo 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (4 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1774; del mismo (14 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/1847; cónsul Wilson a la Foreign Office (15 mayo 1911), en PRO, FO 371, v. 1148, file 1573, paper 22118; del mismo (21 abr. 1911), en PRO, FO 204, vol. 391, no. 107; del mismo (20 mayo 1911), en *ibid.*, no. 160; del mismo (22 mayo 1911), en *ibid.*, no. 167.

un pobre y analfabeto ex peón de Potreritos, rancho cercano a la población de Salinas, en el noroeste del estado. Torres se había levantado en armas a mediados de abril tomando Villa de Cos, en las inmediaciones zacatecanas, en donde mandó quemar los archivos e hizo huir a los funcionarios. La banda engrosó rápidamente hasta llegar a los doscientos o trescientos hombres, y alcanzó un rudimento de organización al depositar la dirección intelectual del grupo en un obrero, José Macías, ex telegrafista separado aparentemente sin motivo de su trabajo. Al principiarse mayo, después de varias visitas a la hacienda de Illescas, cerca de Salinas, declararon a ésta su cuartel general. Desde entonces se hizo evidente que, en puntos tan capitales como el respeto a la propiedad, la medida, la disciplina y la impecable organización que caracterizaba a otras huestes como las de Pérez y Sánchez, la banda de Torres tenía una actitud contraria: actuaba desordenadamente, era destructiva, y su comportamiento parecía, ante todo, una drástica revancha de clase. Desde un principio fue patente su odio por administradores y hacendados. En Illescas los empleados iberos fueron golpeados y detenidos en calidad de prisioneros de guerra, y uno hasta fue muerto, aunque no se sabe si por rebeldes o por los peones. A Stanhope, un terrateniente inglés, le hicieron la pantomima de fusilarlo a fin de sacarle una cuantiosa suma de dinero. Pero, al mismo tiempo, sus acciones estaban teñidas de un carácter reivindicatorio directo e inmediato, del que los otros carecían: hacían abrir las trojes de las haciendas y repartían entre los peones el alimento almacenado, a más de otros bienes. Después de las tomas mandaban y disponían a su arbitrio, y daban rienda suelta a su júbilo preocupándose hasta por organizar bailes. A fin de cuentas, y a diferencia de los propiamente antirreeleccionistas, los seguidores de Torres no hacían el menor intento por contener los actos que consideraban de justicia social ni la satisfacción de sus gustos personales, todo en aras del triunfo de otros líderes ajenos y diferentes a ellos mismos.

Torres sufrió su primer descalabró en mayo, cuando, en un encarnizado combate en Salinas, los federales le infligieron una derrota que dejó muerta a casi la mitad de sus sesenta acompañantes. Sin embargo el fracaso no fue definitivo, y sólo pocos días después ya estaba otra vez a la carga robando trenes y ocupando fincas. El día 10 sus hombres tomaron la hacienda El Lobo con lujo de violencia: golpearon a los empleados, destruyeron cuanto pudieron y tomaron armas; además, repartieron el maíz entre los peones, algunos de los cuales se les unieron. A partir de entonces la zona entró en pánico. Muchas haciendas fueron abandonadas, incluidas algunas tan importantes como Cruces, Guanamé, Pantera y Mescas. El día 11 Torres, con cien jinetes, alcanzó una victoria decisiva en Salinas, en donde saqueó comercios y oficinas, voló con dinamita la jefatura política e hizo huir a las autoridades y familias pudientes. Con la toma de Salinas, Torres aseguró a la revolución el oeste potosino y las inmediaciones con Aguascalientes. Cortó el telégrafo, hizo arder los puentes ferrocarrileros, y hasta se adueñó de trenes que fueron importantes para el asedio a la capital del estado vecino.

Sin embargo, a pesar de su triunfo e importancia estratégica, no fue reconocido por el antirreeleccionismo. Madero ordenó, el 12 de mayo, cambios significativos en la región: Ildefonso Pérez fue comisionado a Coahuila y, haciendo gala de su lealtad de clase, entregó la obra de Torres a tres acaudalados hacendados que prácticamente no habían entrado aún en la escena política. Unos cuantos días antes se habían reunido en la hacienda de San Bartolo los acaudalados Rincón Terreros, sobrino de Rincón Gallardo, un terrateniente aristócrata de Aguascalientes y embajador en Londres; el hacendado Ismael Guerra, y José Pérez Castro, yerno de uno de los hermanos Diez Gutiérrez que por veintidós años gobernaron firmemente a San Luis Potosí. Después de valorar el avance que había alcanzado ya la revolución, y temerosos por tanto que podrían perder, corrieron

en el último momento a unirse al maderismo. Al día siguiente pertrecharon a cuarenta de sus más fieles sirvientes y ocuparon tranquilamente la hacienda de Ojuelos, propiedad de Rincón Gallardo. El líder máximo del antirreeleccionismo, quien con trabajos podría haberse entendido con un ex peón de rancho como era Torres, arrebató a éste sus glorias y nombró jefe de la revolución en la zona a Pérez Castro, hombre de idéntica extracción que él. De esta manera, aun antes de derrocar al anciano dictador, los líderes acaudalados impedían a los dirigentes de extracción popular ascender a las posiciones directivas del movimiento y les desposeían de sus victorias imponiéndoles un sometimiento de clase.

Así las cosas, Torres extremó sus acciones. El 16 de mayo tomó, con lujo de fuerza, la hacienda Espíritu Santo, torturando y dejando agonizante al administrador, y poco después secuestró por dos días, robó y golpeó al representante de una compañía inglesa en Salinas. A pesar de tal violencia no fue ni el gobierno porfirista ni los particulares quienes acabaron con este ex peón, sino los mismos maderistas acaudalados de la zona; pero esto una vez que la revolución triunfó y Torres perdió toda utilidad convirtiéndose en un mero estorbo. En la misma semana en que renunció Díaz, Pérez Castro y Rincón Terreros lograron darle alcance y, después de un largo rato de estarlo convenciendo de su amistad, consiguieron que Torres se sintiera en confianza hasta el punto de despojarse de sus armas personales. En ese instante lo ataron de pies y manos y lo mandaron fusilar. Se impuso así, de manera brutal y cobarde, la revolución de los pudientes por encima de las acciones elementales y reivindicatorias de las clases bajas.³⁹

³⁹ *El Estandarte* (23, 24 feb. 2 mar., 2, 7, 8, 9, 23, 27 abr. 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (18 mar. 1911), en NA, RG 59, 812.00/1071.

La capital y sus intermediaciones

También aquí, en la región más decisiva del estado, hubo inquietud desde principios de 1911. Aun cuando la vida en la capital y sus intermediaciones seguía un cauce normal, en febrero se aprehendió a “cien indios de carácter levantisco”, quienes, dirigidos por un religioso, idearon un complot en Villa de Reyes. En abril la tensión aumentó, pues, aun cuando el centro mandó más armas y se reforzó al cuerpo de voluntarios de la capital, las tropas federales seguían siendo escasas. Además, varias bombas estallaron en la ciudad —una en el mismo palacio federal— y, por primera vez, aunque fuera momentáneamente, la ciudad quedó incomunicada. Pero a la par de la alarma vino un cierto auge económico, debido al continuo éxodo que hacia ella emprendían pudientes de toda la entidad y de estados vecinos.

Una vez más había sido Cepeda el encargado de organizar a los rebeldes de la región, logrando levantar una fuerte banda alrededor de San Luis de la Paz y otra de cuatrocientos hombres, a unos kilómetros, en Ocampo, Guanajuato. Sin embargo, para principios de mayo, la presión más fuerte provenía de otro antirreeleccionista, Cándido Navarro, maestro de primeras letras que había ya ocupado varios poblados guanajuatenses y emprendía la marcha hacia la entidad. El día 5 sus huestes pisaron suelo potosino.

Los pueblos de las intermediaciones, confrontando la repentina debilidad del gobierno, así como la cercanía de los alzados, entraron en efervescencia. La inquietud era tal que los funcionarios de Santa María del Río quisieron renunciar desde la primera semana de mayo. El día 8 se vio obligado a dimitir el inamovible presidente municipal de Soledad de los Ranchos, provocando un inmenso regocijo popular, especialmente entre los empleados públicos, a los que se debía muchos sueldos. Aun cuando el pueblo organizó un gran baile para festejar al que lo sustituyó, el movimiento no entrañó una modificación profunda y revolucionaria en el grupo gobernante. Ni siquiera en esta primera oca-

sión en que se logró imponer un cambio de autoridades, y que tuvo lugar en medio del caos de la rebelión, se les escapó el control a los influyentes. Éstos aseguraron que el movimiento se redujera a una renovación, bastante tímida, del personal político: el cargo vino a recaer en quien fungía ya como tercer regidor.

No obstante, una sensación de libertad y regocijo inundó los ánimos populares. Los rebeldes que tomaron la hacienda de San Tiburcio, por ejemplo, se dedicaron a organizar bailes y coleadas, mientras que muchos peones de las haciendas cercanas se les unieron. Villa de Reyes fue uno de los casos más claros de cómo un pueblo aprovechó la convulsión del momento para derribar a sus gobernantes. El 14 de mayo se congregó una gran multitud gritando vivas a Madero; ya caldeados los ánimos, salió amenazadoramente en pos del presidente municipal, Camilo Colunga, quien logró huir junto con sus dos hijos, encargados de la tesorería y del montepío municipal. El júbilo general estalló: los presos fueron puestos en libertad, la casa municipal y la de Colunga apedreadas, y por días el pueblo recorrió las calles con música, dianas y bailes. Pero pronto los funcionarios y los particulares pusieron coto a la excitación: el orden se impuso mediante un fuerte contingente militar, mientras que en la hacienda contigua apresaron a algunos de los alzados.

A mediados de mayo la revolución se hacía ya sentir en todos los órdenes, y muchas autoridades huyeron sin el menor aplomo. La inseguridad era ya tan grande que algunos mineros, banqueros y hombres de negocios contemplaban la posibilidad de cerrar. Navarro, con cientos de seguidores bien armados y con dinamita, se aprestaba hacia la capital, mientras que ésta se preparaba para el asalto. La jefatura militar concentró aquí sus tropas, fortificó y artilló la ciudad, y construyó trincheras en los caminos.⁴⁰

⁴⁰ *El Estandarte* (2, 4, 5, 7, 9, 11, 14, 17, 18, 23 mayo 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (14 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1770.

III. LA REVOLUCIÓN: LOS PRIMEROS DÍAS

EL 21 DE MAYO terminó un largo capítulo en la historia de México. Díaz renunció y salió al exilio, y nuevas elecciones generales fueron convocadas.

Ya sin peligros, las clases bajas corrieron a unirse a los revolucionarios. En unos cuantos días cientos de jornaleros ferrocarrileros se alistaron con Navarro. La capital entró en pánico: no pocos huyeron, los mercados se abarrotaron de gente en busca de provisiones, las escuelas fueron clausuradas y muchos comercios cerraron sus puertas.

El 26 de mayo una multitud popular aplaudió la entrada de Navarro y 350 de sus seguidores. Aun cuando las autoridades no planeaban resistir, la tensión escaló al renunciar el gobernador, debido a la intransigencia del comandante militar, y después del asesinato de un navarrista en manos de un gendarme. Por la noche se dio rienda suelta a los discursos populares, al gozo y a cierto desenfreno que cobró, accidentalmente, tres vidas. Al día siguiente se nombraron autoridades interinas y se fue el día en manifestaciones obreras. Los navarristas se comportaron con toda compostura y los comercios empezaron a reabrir sus puertas. Así, de manera abrupta y relativamente pacífica, se iniciaba la era de la revolución en San Luis Potosí.

La suavidad que caracterizó tan decisiva transición se debió, en buena medida, al control que Navarro tenía sobre sus hombres y a su respeto por la vida y la propiedad. Este maestro guanajuatense, de cierta solvencia económica, había ingresado desde joven a la política. En 1908 fundó un club demócrata que después afilió al antirreeleccionismo. Su amistad con los directivos del partido, especialmente con Vázquez Gómez, le costó su cargo de director en una escuela primaria de la ciudad de México. Regresó entonces a su estado natal como velador en una zona minera y, desde febrero de 1911, se levantó en armas. Con doscientos hombres tomó varios

poblados guanajuatenses, donde destituyó jefes políticos, liberó a los presos y se hizo de fondos federales. Su campaña se distinguió por el orden, la consideración por los bienes ajenos, y la ausencia de robos y violencia. La cuantiosa riqueza de los particulares no fue tocada y, en ocasiones, hasta protegida.⁴¹

La caída de Díaz y de parte prominente de su personal político y militar desató alteraciones fundamentales en México. Éstas no se explican porque el nuevo régimen intentara revolucionar las estructuras políticas y económicas. Al contrario, tanto la presidencia interina como la maderista y buena parte de los gobiernos estatales, entre ellos el potosino, lucharon por la permanencia de algunas de las instituciones y relaciones sociales antaño consagradas. Pero al relajarse abruptamente las limitaciones políticas de costumbre y de legitimidad que confinaban el comportamiento de las clases, los ánimos se encendieron y se liberaron la imaginación y la osadía de muchos.

En manifestaciones espontáneas el pueblo potosino atacó, de manera bastante brutal, a la propiedad privada, los ricos, los administradores, los funcionarios y caciques, y los gendarmes. La respuesta de las fuerzas del antiguo régimen y de los particulares fue también terrible y sangrienta. Su poder, aunado a la inclinación natural de la mayor parte de los dirigentes maderistas, forzó al gobierno a concentrar sus esfuerzos en contener las acciones anómicas, desorganizadas, violentas y reivindicativas del pueblo. De esta suerte, en las semanas inmediatas a la caída de Espinosa y Cuevas, los

⁴¹ Navarro hasta cuidaba de robos a los pagadores mineros y coartaba tropelías en las ciudades tomadas. *El Estandarte* (24 a 27 mayo 1911); cónsul Bonney al Departamento de Estado (23 mayo 1911); en NA, RG 59, 812.00/1980; del mismo (27 mayo 1911), en *ibid.*, 812.00/2030. Sobre la actuación de Navarro en Guanajuato, en relación a la cual el cónsul norteamericano era totalmente positivo, *vid.* cónsul Rowe (18 mayo 1911), en NA, RG 59, 812.00/1948. Parte de la biografía de Navarro puede consultarse en MORALES, 1960, pp. 121-126.

hechos sangrientos no siempre amainaron y en algunos poblados hasta cobraron ímpetu.

Los motines y enfrentamientos se sucedieron por todo el estado. En muchos de ellos fue el aborrecimiento hacia los guardianes del orden lo que más se hizo notar. En el mineral de La Paz "la hez de la plebe" se amotinó a fines de mayo; tomó el juzgado, quemó archivos, saqueó comercios y mató a un gendarme, cuyo cadáver fue sacado del funeral y arrastrado por las calles. En esos días, en la capital estatal, una turba asesinó a un gendarme de un machetazo en la cabeza y agredió a tiros y pedradas a otro puñado. Antes de que las tropas de Navarro y la policía montada pudieran contener la refriega, otros gendarmes dispararon matando a cuatro. Para evitar que se les siguiera atacando se acuarteló a los federales, y fuerzas maderistas patrullaron la ciudad por varias semanas. Pero ni siquiera esta acción conjunta logró apaciguar el odio popular, que obligó a muchos gendarmes a renunciar. En junio una gigantesca concentración de algunos miles capturó a quien por treinta años fuera jefe de la policía y, arma en mano, lo arrastró por las calles exigiendo su ejecución. Unos soldados lo lograron resguardar en el palacio de gobierno, a cuyas afueras cientos se apostaron demandando su muerte. Las fuerzas del orden estaban desesperadas. Algunos policías, unidos a antiguos empleados de la administración, se fueron a la huelga e intentaron amotinarse.⁴²

En este ambiente intempestivo se desarrolló lo que probablemente fue la reacción más persistente y espontánea del pueblo potosino en las primeras semanas del gobierno de la revolución. Ésta no consistió, como señala un estudioso, en "quitar a los latifundistas las tierras... [mediante] un movimiento de amplias masas populares que amenazaba im-

⁴² Estas escenas se repitieron en muchos lugares del estado. En relación a estos casos *vid. El Estandarte* (30, 31, mayo, 5 jun. 1911), cónsul Lodge al Departamento de Estado (24 jul. 1911), en NA, RG 59, 812.00/2247.

placable";⁴³ sino en una demanda política: acabar con las autoridades abusivas e inamovibles. La acción drástica de muchos pueblos obligó la renovación de parte de los gobernantes. Aun cuando tal trastorno político fue canalizado y suavizado por los líderes maderistas, los particulares y las fuerzas del orden porfiristas cobraron ánimos y reprimieron violentamente estas revueltas. Se desató así, en muchos lugares, una lucha de clases difícil de contener.

La lealtad de clase con que los acaudalados dirigentes maderistas actuaron en la inmensa mayoría de estos conflictos proporciona un matiz decisivo para desentrañar el sentido de la revolución. El papel de estos dirigentes no fue el de árbitro imparcial, sino que, reforzando su actitud inicial hacia los trabajadores, limaron sus demandas, dieron manga ancha a los particulares y a los cuerpos armados del antiguo orden, y, en ocasiones, hasta les ayudaron a sofocar las subversiones populares. De aquí que, en buena medida, las fuerzas maderistas acabaran corroborando la lógica de la política porfirista.

Por último, así como a los trabajadores se les habían vedado posiciones directivas durante la revolución, también se les impidió su ingerencia en el gobierno que siguió a su triunfo. Las revueltas en los pueblos fueron limitadas de tal suerte que el poder volvió a quedar confinado entre las mismas elites económica y política de antes, las cuales comprendían —aunque fuera como un grupo aparte— a muchos de los jefes que habían empuñado las armas. Para empezar, el 27 de mayo la legislatura local nombró a Ipiña, un eminente hacendado, como gobernador interino. Durante su corta administración de mes y medio fueron tomando fuerza como posibles sustitutos el opulento Pedro Barrenechea, apoyado por Espinosa y Cuevas y otros porfiristas, y los jefes maderistas De los Santos y Cepeda.

Mientras se sorteaba esta incógnita, escenas violentas se sucedieron sin parar en muchos puntos del estado. El 30

⁴³ LAVROV, 1977, p. 104.

de mayo, en Villa de Zaragoza, en los alrededores de la ciudad de San Luis, una manifestación popular promaderista fue dispersada a balazos por la policía, que asesinó a dos personas antes de que los soldados de Navarro impusieran orden y nombraran al nuevo jefe político. El cargo recayó en la vieja elite, aunque en uno de sus miembros con motivos para estar resentido: un destacado comerciante que, en varias ocasiones, había perdido la presidencia municipal. Pocos días después se amotinó el pueblo de Santa María de Río, logrando liberar a los presos a pesar de que los rurales y la policía lo reprimieron a tiros matando a dos sublevados. Ante la renuncia en masa del ayuntamiento, Navarro se limitó a convocar a 150 personas de "las más caracterizadas" para, de entre ellas, designar a los sustitutos. La influencia de que siguieron gozando algunos gobernantes porfiristas para elegir y ser nombrados como nuevas autoridades se hizo también evidente en el poblado de La Paloma, en donde los antiguos funcionarios simplemente impusieron a sus sucesores. El fenómeno no fue privativo de los pequeños pueblos: en la capital estatal la jefatura política recayó en quien fungía anteriormente como sexto regidor.⁴⁴

Curiosamente fue en el sureste, a pesar de que ahí había ocurrido la mayor movilización popular, en donde la simple renovación del viejo grupo gobernante adquirió proporciones más determinantes. El fenómeno se debió, en parte, a que la mayoría de los líderes que aquí actuaron —Acosta, Terrazas, Montoya y Samuel de los Santos— se instaló en la capital estatal para presionar en favor de la gubernatura de Pedro Antonio de los Santos. No por esto todos los revolucionarios quedaron fuera. A Verástegui se le encomendaron los rurales del estado, y otros asumieron cargos locales. Lárraga, por ejemplo, quedó con la jefatura política de Valles. Sin embargo, a pesar del gran peso militar y la legitimidad que alcanzaron estos dirigentes, siguieron compartien-

⁴⁴ *El Estándarte* (30, 31, mayo; 7, 9, 10, 15, 18 jnn. 1911). Sobre Ipiña, *vid.* BAZANT, 1975, p. 151; MEADE, 1970, p. 76.

do el poder con antiguos funcionarios. En Valles, para seguir con el ejemplo, se ratificó como administrador de rentas a un rico que llevaba años en el cargo. Fue también en esta región en donde hubo menos motines populares. Aparentemente, las limitaciones impuestas a las clases bajas desde la revuelta armada dejaron la iniciativa entre los privilegiados. A los hacendados, por ejemplo, se les permitió conservar tal poder y autonomía que en algunos lugares, como Rayón, ellos mismos costearon y organizaron a un cuerpo de rurales. En Río Verde fueron los principales vecinos quienes engalanaron sus casas para dar la bienvenida al maderismo y realizaron una gran manifestación que duró dieciséis horas y fue acompañada por el tañir de las campanas de la iglesia. En Alaquines la manifestación también estuvo encabezada por "los más distinguidos jóvenes de la sociedad", de entre quienes surgió el nuevo presidente municipal. Sin embargo la tensión social explotó poco después, cuando un juez de Alaquines provocó a unos trabajadores y originó la sublevación del pueblo, que tras asesinar a un gendarme liberó a los presos. Éstos se concentraron y armaron en la sierra mientras que los policías se amotinaron al grito de "viva Díaz". En esa ocasión tocó a Verástegui poner orden en ambos lados de la contienda.⁴⁵

Los levantamientos en los pueblos no fueron el único índice de la efervescencia popular. Desde estos primeros días del nuevo gobierno algunos trabajadores agudizaron sus luchas, presionando por llevar a la revolución más allá de una simple pugna intraelite. Al igual que en otros estados norteños, los disturbios originados por los mineros potosinos adquirieron visos dramáticos. Inmediatamente después de que cayera Espinosa y Cuevas, quienes laboraban en el mineral de San Pedro se amotinaron e intentaron volar con dinamita el palacio municipal. La respuesta policiaca fue brutal: apostados en la azotea de este edificio dispararon a la turba matando a seis de ellos. Como en tantos otros tumultos, fueron

⁴⁵ *El Estandarte* (31 mayo; 2, 7, 9, 13, 14, 18, 23 jun. 1911).

los maderistas quienes reestablecieron la paz y nombraron como nuevo presidente municipal a un empleado de las compañías mineras. También en mayo hubo disturbios en los centros mineros de Morales, La Paz y Matehuala. En esta última ciudad los enfrentamientos empezaron cuando un "personaje distinguido" balaceó a un trabajador que gritaba vivas a Madero. El pueblo se enfureció, apedreó las casas de los pudientes, e hizo huir a algunos. Pero otros tomaron las riendas en sus manos y, junto con los policías, integraron patrullas montadas que, a cintarazos, sofocaron a los alzados. Fue el mismo Navarro quien calmó la situación y nombró nuevas autoridades de entre los "vecinos más caracterizados". Igual política se puso en práctica en La Paz después de la asonada, en que murieron un gendarme y cuatro manifestantes y quedaron heridos 36 más.

Sin embargo fue difícil contener la agitación de los mineros, que se radicalizaron yéndose a la huelga por menos horas de trabajo y más jornal. El 30 de mayo explotó un paro pacífico en Morales, que unos días después fue secundado en Charcas, Matehuala, Guadalcázar y La Paz. A mediados de junio se desató una verdadera lucha de clase en El Catorce. Los trabajadores se armaron, saquearon comercios y casas, e intentaron volar con dinamita las oficinas administrativas ante la huida del administrador, quien se negó a resolver sus demandas. Otros mineros de la zona se levantaron en su apoyo y, por lo menos, el tiro de Santa Anna fue tomado y saqueado. En El Catorce el desenlace fue dramático: algunos de los propietarios, apostados en las oficinas, abrieron fuego en contra de los obreros; nueve cayeron acribillados ahí mismo y muchos más quedaron heridos. El resto de los trabajadores, enfurecido, logró abrirse paso hasta sus agresores, quienes estuvieron a punto de ser asesinados si no es por la llegada de unos soldados de De los Santos quienes reestablecieron la paz. Una vez más, soldados y rurales de la revolución fueron destinados a la zona con "instrucciones de reprimir enérgicamente todo desorden y casti-

gar al autor de cualquier atentado en contra de la vida y de la propiedad".⁴⁶

Mientras tanto en las zonas rurales las fuerzas de los revolucionarios mantenían idéntica misión. Las demandas campesinas tardaron un poco más en desatarse, por lo que la agitación en estas primeras semanas del nuevo gobierno no fue tan intensa como en las minas. Sin embargo, a fines de junio una partida maderista salió hacia la hacienda de Morones a requerimiento de los administradores, quienes, al negarse a mejorar el salario de los trabajadores, sospecharon que éstos pudieran amotinarse. En algunas haciendas, como la de El Pardo, sí se llegó a una confrontación. Los peones y el cura del lugar, desesperados ante la falta de pago de varios jornales, se encaminaron hacia el casco de la hacienda para reclamar. Ahí eran esperados por los dueños y empleados, quienes los acribillaron a balazos asesinando a varios manifestantes y dejando heridos a muchos más. La turba se armó con lo que encontró, traspasó las barreras, y golpeó a palos al administrador, a quien dejaron agonizante, y al hijo del dueño. Un peón trató de ahorcar al joven propietario pero éste logró asesinarlo y huir. La revuelta fue sofocada por treinta soldados maderistas, quienes dieron a los campesinos insurrectos un castigo ejemplar ejecutando, en el acto, al cabecilla de los rebeldes.⁴⁷

En julio, probablemente a cambio de eliminar a Barrenechea de la contienda por la gobernatura, De los Santos convino en retirar también su candidatura. A mediados de mes el dirigente más allegado a Madero, el doctor Cepeda, asumió el poder ejecutivo local.⁴⁸

Quedaba así en claro que los dirigentes de la revolución potosina en su primera etapa, unidos en buena medida a

⁴⁶ *El Estandarte* (30, 31 mayo; 2, 3, 7, 8, 9, 15, 20, 22, 25 jun.; 9 jul. 1911).

⁴⁷ *El Estandarte* (20, 22, jun. 1911).

⁴⁸ *El Estandarte* (1, 3, 6, 11, 13, 15, 22, 29, jun.; 10, 25 jul. 1911); MEADE, 1970, p. 177; RODRÍGUEZ BARRAGÁN, 1976, pp. 95ss.

particulares y guardianes del antiguo orden, habían mostrado una singular unidad respecto a un punto clave: mantener limitada, o más bien subordinada, la participación de un actor a quien se habían visto obligados a incluir en su esquema como aliado, pero a quien de tiempo atrás temían cuando actuaba por su cuenta: la masa obrera y campesina, o, dicho de otra manera, al pueblo potosino. No tardarían los acontecimientos en rebasar este delicado equilibrio, pero ésta es otra historia.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- NA, RG59 National Archives, Washington, *General Records of the Department of State, Record Group 59.*
 PRO, FO Public Record Office, Londres, *Foreign Office.*

ALCOCER, Alberto

- 1975 *El general y profesor Alberto Carrera Torres*, 2a. ed., San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina. «Biblioteca de Historia Potosina, Serie Cuadernos, 2.»

ALPEROVICH, M. S.

- 1960 *La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Popular.

ANDERSON, Rodney

- 1976 *Outcasts in their own land — Mexican industrial workers — 1906-1911*, Northern Illinois University Press.

BARRAGÁN, Juan

- 1946 *Historia de la revolución y el Ejército Constitucionalista*, México, Talleres de la Editorial Stylo.

BAZANT, Jan

- 1974 "Peones, arrendatarios y aparceros — 1868-1904" en *Historia Mexicana*, xxiv:1 (jul.-sep.), pp. 94-121.
- 1975 *Cinco haciendas mexicanas — Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí — 1900-1910*, México, El Colegio de México. «Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 20.»

Censo San Luis Potosí

- 1900 *Censo y división territorial del estado de San Luis Potosí*, México.

COATSWORTH, John

- 1976 "Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el Porfiriato", en *Historia Mexicana*, xxvi:2 (oct.-dic.), pp. 167-187.

COCKCROFT, James D.

- 1971 *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*, México, Siglo XXI editores.

COSIO VILLEGAS, Daniel

- 1972 *El porfiriato — La vida política interior (parte segunda)*, México, Editorial Hermes. (Daniel Cosío Villegas: *Historia Moderna de México*, x.)

CUMBERLAND, Charles

- 1974 *Mexican revolution — Genesis under Madero*, 2a. ed., Austin, University of Texas Press.

Estadísticas porfiriato

- 1956 *Estadísticas sociales del porfiriato — 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística.

Exposición

- 1881 *Exposición que los propietarios de San Luis Potosí dirigen al gobierno del estado, solicitando rebaja en las contribuciones impuestas a la propiedad rústica y urbana*, San Luis Potosí, Imprenta de Dávalos.

GILLY, Adolfo

- 1972 *La revolución interrumpida — México, 1910-1920 — Una guerra campesina por la tierra y el poder*, 2a. edición, México, Ediciones El Caballito.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

- 1957 *El porfiriato — La vida social*, México, Editorial Hermes. (Daniel COSÍO VILLEGAS: *Historia Moderna de México*, IV.)

KAERGER, Karl

- 1976 "El Norte", en *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, Secretaría de Educación Pública. «Sepsetentas, 303.»

LAVROV, N.

- 1977 "La revolución mexicana de 1910-1917", en ALPEROVICH, RUDENKO, LAVROV: *La revolución mexicana — Cuatro estudios soviéticos*, México, Ediciones de Cultura Popular.

MÁRQUEZ, Enrique

- 1979 "La casa de los señores Santos — Un cacicazgo en la Huasteca potosina— 1876-1910", tesis de maestría en ciencia política, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.

MEADE, Joaquín

- 1970 *Historia de Valles — Monografía de la Huasteca potosina*, San Luis Potosí, Sociedad Potosina de Estudios Históricos.

MENDOZA, Eutiquio

- 1960 *Gotitas de placer y chubascos de amargura — Memorias de la revolución mexicana en las Huastecas*, México, Granito, de Oro.

MENÍNDEZ, Hilario

- 1955 *La Huasteca y su evolución social*, México, s. p. i.

The Mexican yearbook

- 1909 *The Mexican yearbook — A statistical, financial and economic annual*, México, s. p. i.

MEYER, Jean

- 1973 *La revolución mejicana*, traducción de Luis Flaquer, Barcelona, Dopesa.

MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael

- 1967 *El Valle del Maíz*, San Luis Potosí, Imprenta Evolución.

MORALES, Alberto

- 1960 *Hombres de la revolución — Cincuenta semblanzas biográficas*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

OROZCO, Winstano L.

- 1906 *Interdicto de recuperar la posesión, propuesto por el Lic. Winstano L. Orozco a nombre de los sres. Ascensión Rodríguez y socios contra d. Genaro de la Torre, ante el juzgado de primera instancia.*

RODRÍGUEZ BARRAGÁN, Nereo

- 1976 *Biografías potosinas*, San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina. «Biblioteca de Estudios Potosinos, Serie Estudios, 15.»

ROJAS, Beatriz

- 1979 "Alberto Carrera Torres, un agrarista olvidado" (manuscrito de próxima publicación en *Revista del México Agrario*.)

SILVA HERZOG, Jesús

- 1959 *El agrarismo mexicano y la reforma agraria — Exposición y crítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- 1964 "México a cincuenta años de su revolución", en *Cuadernos Americanos*, cxxxii:1 (ene.-feb.), pp. 7-31.

TANNENBAUM, Frank

- 1966 *Peace by revolution — Mexico after 1910*, New York, Columbia University Press.
- 1968 *The Mexican agrarian revolution*, Archon Books.

VALADÉS, José

- 1977 *El porfirismo — Historia de un régimen — El crecimiento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols.

VELÁZQUEZ, Primo Feliciano

- 1946 *Historia de San Luis Potosí*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.